

# Lorca, un juglar del siglo XX

Más allá del autor universal, existió un Lorca que convertía cada reunión en un escenario de júbilo gracias a su esencia juglaresca

CRISTINO ALONSO PÉREZ

**E**s común entre los expertos en Federico García Lorca establecer tres temas constantes en su obra: el terror a la muerte, la fugacidad del amor y el paso inexorable del tiempo. Otros añaden elementos como la relevancia de los marginados y un interés por asuntos sociales representado especialmente por la figura de la mujer maniatada de su época. Estas son certezas difícilmente discutibles, como tampoco lo es el hecho del placer, a la vez que sufrimiento, del proceso creativo que lo llevó a ser quien fue—quien es—. Pero los que lo conocieron en la intimidad familiar o de la amistad fueron notarios de otra verdad lorquiana que, aunque sea menos conocida, es cardinal para entender la verdadera esencia del poeta: el Lorca juglar. Para que ustedes opinen sobre si Lorca se puede definir con este atributo, me voy a ceñir a las acepciones que de él nos proporciona la RAE: 1. En la Edad Media, persona que iba de unos lugares a otros y recitaba, cantaba o bailaba o hacía juegos ante el pueblo o ante los nobles y los reyes. 2. Trovador, poeta. 3. Chistoso, picaresco.

Los principales biógrafos del poeta—especialmente los que lo conocieron en persona— describen frecuentes episodios en los que surge la personalidad juglaresca de Federico. Todos ellos coinciden en que este era el rasgo más puramente lorquiano no literario, el que lo llenaba de gozo y realización personal. El ejemplo paradigmático lo representan las numerosas variaciones que pronunció ante públicos variopintos que terminaban encandilados por lo que decía, y cómo lo decía. Este es el caso de José Murciano, un amigo de juventud—Lorca tenía diecinueve años— que fue testigo de la lectura que el poeta en ciernes realizó de algunos pasajes de su primer libro, *Impresiones y paisajes*, en el Centro Artístico de Granada en marzo de 1918. En la crónica sobre el evento, Murciano escribió: «... durante todo el tiempo en que la voz clara y armónica de su autor resonó en la sala, puede decirse que jugó con el público; unas veces emocionándolo intensamente con sus descripciones de asuntos de tristeza y miseria; otras con rasgos de humorismo llenos de gracia y perspicacia; no sabíamos si reír o llorar» (Gibson, 124).

Su amigo Carlos Morla Lynch cuenta que era febrero de 1933 cuando Federico, él y un grupo de amigos volvían a visitar una vez más al doctor Gregorio Marañón en su cigarral de Toledo. En esa ocasión, Lorca llevaba bajo el brazo el manuscrito de *Bodas de sangre*. Como en otras ocasiones que leyó sus obras a conocidos, el público cayó rendido a su magia narradora desde la primera frase. Cuando Lorca se adentró en el pasaje en que una muchacha



reclama a *La Novia* con un «¡Que salga la novia!»—todo interpretado por Federico—, la escena continúa con una algarabía que Lorca reproduce con delirio y sonar de campanas: «Marañón no resiste más y enjuga las lágrimas que asoman a sus ojos» (Morla, 326). Esta misma emoción embargó a Encarnación López Julve, *La Argentinista*, cuando Federico leyó en el domicilio de esta *La casa de Bernarda Alba*. Cuando Pilar, hermana de Encarnación, regresó a casa por la noche, se encontró a su hermana «llorosa, emocionada, conmovida, enloquecida con lo que había oído» (Gibson, 663).

Otro momento hilarante—a la vez que conmovedor—del juglar Lorca ocurrió en casa de Carlos Morla con motivo de una cena por el regreso desde París de Manuel Ángeles Ortiz, íntimo amigo de Federico desde niños en Granada; era finales de noviembre de 1932. Después de una sesión flamenca de fandanguillos y soleares con Federico a la guitarra y Manuel Ángeles al canto, Lorca interpretó una serie de cuplés franceses a modo de cáustica parodia humorística. El público ya estaba entusiasmado, pero aún más cuando junto a Acacio Cotapos—otro buen amigo—montaron «El circo de la feria». Acróbatas, prestidigitadores, encantadores de serpientes, malabaristas y el poni Cotapos—con todas sus galas—salen a la pista ante los ojos deslumbrados de los espectadores. Con un realismo subyugante, Lorca salta a escena e interpreta las proezas de un par de trapezistas a los que «todos ven y dan gritos creyendo que se van a caer». Una de las asistentes es interrumpida con el aviso de que tiene una llamada telefónica, «Diga de no puedo...que lo siento...que estoy en el circo», dijo la señora (Morla, 309).

Además de la vis cómica de los juglares, estos también manejaban con oficio la otra cara, la dramática, quizás la más desconocida del poeta. Tenemos la suerte de poder visualizar un pequeño reportaje cinematográfico donde el Lorca de la Barraca interpreta a *La Som-*

bra de *La vida es sueño* de Calderón

de la Barca; «una Sombra de verdad escalofriante» según algunos miembros de la Barraca que lo vivieron (Gibson, 508). Cuando la Barraca se trasladó desde Granada a Madrid en octubre de 1932, en su presentación se encontraba el periodista Miguel Pérez Ferrero del Heraldo de Madrid quien, al día siguiente, publicó un artículo sobre lo visto: «¿Es Lorca mejor poeta, director de escena o actor?» La autoridad para hablar del Lorca juglar la tienen estos que lo conocieron, como su amigo Modesto Higuera, quien dijo: «¿Cómo es posible... que una sola persona reuniera tantos dones?». El Lorca juglar, el Lorca que sentía correr por su interior la emoción de vivir y compartir la vida, el Lorca enraizado en la tradición y en sus vivencias infantiles.

A comienzos de marzo de 1933, su hermano Francisco tuvo la oportunidad de asistir a los ensayos de *Bodas de sangre* en el teatro Beatriz de Madrid. Al producirse el complejo cuadro de la despedida de *La Novia*, fragmentado en numerosas entradas de personajes a distintos niveles, recuerda cómo Federico exclamó: «¡Tiene que ser matemático!». Y lo consiguió (Francisco García Lorca, 335). ¡Matemático!, sorprendente.

Como una razón matemática donde el creador consciente y el juglar instintivo se relacionan de manera insólita en Lorca, yo, como Pérez Ferrero, me pregunto: ¿cuál de las dos magnitudes definía mejor su esencia? Seguro que ustedes, apasionados lorquianos, han encontrado estas u otras razones para admirarlo.

\* Los autores mencionados son:

Gibson, Ian. 'Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca'. Penguin Random House, 2016.

Morla Lynch, Carlos. 'En España con Federico García Lorca'. Renacimiento, 2008.

García Lorca, Francisco. 'Federico y su mundo'. Alianza Tres, 1990.

Cristino Alonso Pérez es autor de 'Fenotipo Federico o el lenguaje de los genes lorquianos'. Aliar Ediciones, 2022.